

– Jacques Derrida, *Canallas. Dos ensayos sobre la razón*, trad. Cristina de Peretti, Madrid, Trotta, 2005, 190 pp.

Dos conferencias, realizadas en 2002, publicadas en francés en forma de libro en 2003, traducidas al español en 2005. Entre un idioma y otro, un fallecimiento que nunca terminaremos de lamentar. Y aquí este librito, una suerte de legado. No escrito como tal, pero abierto a la lectura como tal: un libro importante, quiero decir, lleno de precisiones necesarias. Encontramos a un Derrida tratando de deshacer los desusos y abusos que se han hecho, que se hacen de la deconstrucción: “¡léase todo, y si es preciso, reléase!”¹, casi un ruego, lean lo que dije, le dediqué tantas páginas, de dónde sacan esas versiones edulcoradas, irracionalistas, apresuradas de mi... Un capítulo muy llamativo es el que dedica a su buen amigo Jean-Luc Nancy, haciendo caer sobre él (justamente sobre él) la necesidad de no abusar de los recursos, del estilo, de los juegos. En efecto, cuando está citando y comentando un párrafo de *La experiencia de la libertad*, indica entre corchetes tales abusos, por ejemplo:

“La partición de la comunidad es ella misma la común (des)medura de la libertad [Una vez más, no entiendo la consecuencia ni estos paréntesis que rodean al “des”, como si la des-medura fuese todavía una medida, una simple modalidad o modificación negativa de la medida]”².

¡Tantos usos abusivos de los paréntesis en tanta pluma convencida que basta meter unos paréntesis aquí, otros allá, y listo, está todo más que deconstruido! Aclaración importante respecto al estilo (me gusta jugar, sí, pero no alcanza, muchachos, no alcanza), que acompaña a aclaraciones no menos vitales: por ejemplo, que él no considera haber dado ningún “giro político” en los ‘90, que sus ideas políticas ya están en *La Gramatología* de 1965: “el pensamiento político siempre ha sido un pensamiento de la *différance*”³; por ejemplo, en torno a conceptos como incondicionalidad o democracia por venir, y la relación de ambos términos con la cuestión de la soberanía y el Estado-nación.

La traducción de Cristina de Peretti es, como siempre (aunque esta vez sin hacer dupla con Francisco Vidarte), de cuidado y lucidez. Pequeños detalles como la tarea de complementar las citas derrideanas de textos en francés con la paginación en la traducción al castellano, marcan una preocupación por saber que este texto será herramienta de trabajo para muchos de quienes lo leerán. Buen criterio para equilibrar legibilidad y fidelidad, amplio conocimiento de la obra que traduce, para salir tan airoso como sea posible de los juegos de palabras y la multiplicidad de lenguas que pueblan el texto original.

1. Jacques Derrida, *Canallas, dos ensayos sobre la razón*, trad. C. de Peretti, Madrid, Trotta, 2005, p. 177.

2. *Ibidem*, p. 78.

3. *Ibidem*, p. 58.

La primera conferencia (y la más extensa: “La razón del más fuerte”) se ocupa del problema de la democracia, de la democracia en estos raros tiempos actuales de mundialización. La segunda (“El ‘Mundo’ de las Luces por venir”), de la razón, de la razón en estos raros tiempos actuales. Y ambas conferencias, señala Derrida, se articulan. ¿Qué eco existe entre la democracia *por venir* y una razón también por venir? ¿Qué por venir, qué llamado implican? La concepción actual de la democracia está para Derrida íntimamente ligada a la cuestión de la soberanía, a la forma singular de soberanía que se articula en torno al Estado-nación: la soberanía aparece actualmente como el único *kratos*, la única fuerza, de este *demos*, de este pueblo que se presenta hoy en el mundo globalizado. Y, podríamos pensar, respecto al eco en la segunda conferencia, dicha concepción de la democracia se articula con una forma de racionalidad específica.

Pero esta democracia, y este *kratos* soberano, y esta racionalidad onto-teológica propagan por todo el mundo miseria y sufrimiento. Hay una tarea: una nueva democracia sin soberanía, una nueva fuerza, una nueva racionalidad, que no serán nunca la democracia, la fuerza y la razón *por venir*, no serán nunca la democracia, la fuerza y la razón incondicionales, no serán nunca el acontecimiento, pero que sólo serán posibles a partir de esa democracia, esa fuerza y esa razón imposibles, por venir.

Pero vamos demasiado de prisa.

La razón del más fuerte es siempre la mejor. Volveremos a esto dentro de un momento.

El problema de la democracia (y por lo tanto de la democracia *por venir*) no puede dejar de vincularse con el problema de la fuerza, ya que la vieja palabrita “democracia” que heredamos de los griegos abraza en su seno la fuerza (*kratos*) y por lo tanto la “razón del más fuerte” invocada en la fábula de La Fontaine *El lobo y el cordero*, razón del más fuerte que es siempre la mejor. Pero abraza junto con *kratos* al *pueblo*, cuya ipseidad tampoco pareciera, para muchos, al entender de Derrida en forma errónea o al menos apresurada, poder concebirse fuera de una soberanía. El pueblo no sólo necesita de la fuerza para *gobernar*, sino, más fundamentalmente, para ser, para ser sí mismo. No se trata de encontrar una fuerza (o un gobierno) para el pueblo si no del pueblo que es engendrado por la fuerza. El pueblo que falta. Muy nietzscheano, todo.

Lo cual da razón del título del libro aquí en cuestión. Si la democracia se articula en torno a la razón del más fuerte, la democracia actual no puede si no articularse en torno a la fuerza dominante hoy en el mundo, el superpoder hegemónico de los Estados Unidos. Canallas es una palabra inventada por los Estados Unidos para designar ciertos otros estados: los *Rogue States*, término inventado en los '80 por la administración Reagan, y retomado por Bush en el período pos “11 de septiembre”; inventado en el sentido que deja de usarse para calificar a ciertas personas para pasar a calificar a ciertos estados: aquellos que “amenazan a la democracia”, también conocidos como miembros del “eje del mal”, por apoyar al terrorismo internacional, tener armas de destrucción masiva, rechazar los “valores humanos básicos” y odiar a los Estados Unidos (todo esto puede leerse en los comunicados oficiales de la Casa Blanca, publicados con

todo candor, o todo cinismo, en su sitio *web*). Último recurso de la soberanía, arbitrariedad última de la lista de países canallas, que termina trasformando a Estados Unidos en el único canalla, por abuso de la fuerza de su soberanía. “Desde que hay abuso de poder, hay *rogue State*... El Estado es canalla”⁴. Crisis de la democracia desde que abusa del *kratos* que la funda y contradice todo lo que no podemos dejar de entender por la palabrita “democracia”, respecto a la libertad, respecto a la posibilidad de una crítica sin fin. Crisis de la democracia ligada a la soberanía que se puso en evidencia (sólo *en evidencia*) con los atentados del 11 de septiembre, cuando la amenaza al Estado soberano, al aparato del Estado, no procede de ningún Estado y por lo tanto no puede mantenerse bajo el control del Estado: no es ni siquiera lo que Schmitt llama “guerra de partisanos”, ya que los responsables no buscan derrocar un estado para fundar otro.

Las herramientas con las que Derrida diagnostica esta crisis son las mismas con las que se propone abrir una nueva política y una nueva ética. Si hay crisis, como acabamos de ver, es porque hay una exigencia democrática que desborda el simple análisis etimológico de la palabra: no cualquier fuerza que configure un pueblo es una democracia, responde a la exigencia democrática. La fuerza ciega y suicida del terrorismo internacional no responde a la exigencia democrática. El pueblo que secuestra aviones es un pueblo suicida, no una democracia.

Como tampoco responde a la exigencia democrática el Consejo de Seguridad de la ONU soberano y canalla, y la destrucción que lleva a cabo en nombre de una guerra contra tal terrorismo. Una fuerza que legitima la miseria y el sufrimiento no responde a la exigencia democrática. Hay que estar alerta contra cualquier tipo de ingenuidad y de abuso político que “presentase como democracia presente o existente, como democracia de hecho, aquello que sigue siendo inadecuado para la exigencia democrática, cerca o lejos, en casa o en el mundo, en todas partes en donde los discursos sobre los derechos del hombre y sobre la democracia continúan siendo unas coartadas obscenas cuando se avienen a la espantosa miseria de millones de mortales abandonados a la malnutrición, a la enfermedad y a la humillación, masivamente privados no sólo de agua y de pan sino de igualdad y de libertad, desposeídos de los derechos de cada cual, de quienquiera que sea”⁵.

Llegamos a un aspecto clave: el problema de la democracia, se vincula, al fin, con el problema del hombre, de lo propio del hombre, de la humanidad del hombre, los derechos del hombre⁶. Pero es un hombre, una humanidad y unos derechos que deben ser pensados sin ingenuidad, sin cinismo, sin abuso. Un hombre que debe ser pensado, piensa Derrida, desligado del ciudadano, de la arbitrariedad del derecho de la ciudadanía⁷. En este marco, la referencia democrática prioritaria sería la declaración de los derechos del hombre (no del ciudadano), y el Tribunal Penal Internacional una tarea necesaria⁸. Derechos

4. *Ibidem*, pp. 126-127.

5. *Ibidem*, p. 110.

6. *Ibidem*, pp. 81, 174, 181

7. *Ibidem*, pp. 111-112.

8. *Ídem*.

del hombre, por supuesto, no como “determinado número de performativos jurídicos”, sino “expuestos a una deconstrucción racional que cuestionara sin fin sus límites, sus presupuestos, sus intereses y sus cálculos”⁹.

Ante esta crisis, Derrida propone el *porvenir*. Una democracia por venir que, aclara Derrida urgido de aclaraciones desabusantes, “no significa de ningún modo sencillamente el derecho a diferir, aunque sea en nombre de alguna Idea reguladora”¹⁰. El porvenir, el porvenir de una fuerza del pueblo sin soberanía, sin abuso, encierra la esperanza derrideana. Hacer advenir un dios sin soberanía: nada es menos seguro que su venida¹¹.

Derrida multiplica las precauciones, pero no deja de permitir reconstruir su razonamiento en estos términos: hay una razón onto-teológica, un modelo de soberanía que ha regido nuestro mundo y que se desmorona. “La indivisible soberanía del Estado-nación está siendo cada vez más puesta en cuestión”¹². Hay algo por venir y algo por salvar: la vida (“la vida sigue siendo el enigma de lo político”). Los Estados Unidos representan el viejo modelo, la vieja razón, la vieja democracia, el modelo político que rigió de Bodino a Schmitt pasando por Hobbes. La seguridad está en crisis. Las alternativas (y a la vez las fuerzas que ponen en cuestión el viejo modelo) son el suicidio de la irracionalidad o lo nuevo que puede emerger de una razón por venir, de una democracia por venir, de las Luces por venir (que no se harán nunca presentes pero que abren la posibilidad del presentarse de lo nuevo). Celo de la razón, de una racionalidad defendida por Derrida, que “debe permanecer sin reposo, sin sosiego, valeroso e intachable, decidido a no ceder ante ninguna intimidación dogmática”¹³.

Pero ese celo, esa razón, si debe advenir, si adviene, no lo hace, no puede hacerlo desde un afuera. Es interno a la razón onto-teológica. Como siempre, Derrida se escuda en esta ontología para guardarse una carta en la manga: la razón onto-teológica y la soberanía del Estado-nación permanecen como refugio último: “la soberanía del Estado-nación puede ella misma, en ciertos contextos, convertirse en una defensa indispensable contra tal o cual poder internacional, contra tal hegemonía ideológica, religiosa o capitalística”¹⁴.

Pero la hegemonía capitalística, me pregunto yo, ¿no es acaso la fuerza que ya desde el inicio de la modernidad no deja de poner en jaque a la razón onto-teológica, y la soberanía, y la seguridad? ¿Necesita el capitalismo de seguridad? ¿Necesita del poder soberano para gobernar, para controlar los pueblos y las armas? Si la mejor razón es la razón del más fuerte, ¿es la fuerza de la soberanía o la del Capital la mejor razón de hoy en día? ¿Quién ocupa el lugar del lobo sino el Capital? ¿Cómo seguir pensando en términos de lenguaje un Capital analfabeto? ¿Cómo pensar que la fuerza irremediablemente más

9. *Ibidem*, p. 181.

10. *Ibidem*, p. 48.

11. *Ibidem*, p. 140.

12. *Ibidem*, p. 187.

13. *Ibidem*, pp. 175-176.

14. *Ibidem*, p. 188.

débil de la soberanía puede ser el último refugio frente a su “hegemonía”? La deconstrucción no deja de operar en el seno de una racionalidad y una configuración de fuerzas que, quizá, no son más que nostalgias de seguridad en que algunos pensadores modernos intentaron protegerse del avance irrefrenable de la racionalidad del capital, racionalidad que por naturaleza es ajena al hombre, lo propio del hombre, no importa cómo esto se piense.

Julián Ferreyra